

COMENTARIOS AL LIBRO DE JOSEPH STIGLITZ:  
*GLOBALIZATION AND ITS DISCONTENTS*

**Gerardo Reyes Guzmán\***

Quizá uno de los libros más comentados, a partir del verano de 2002, fue *Globalization and its discontents*, posteriormente traducido al español como *Los malestares de la globalización*. El autor, ganador del premio Nobel de Economía en 2001, ofrece un relato de sus experiencias como asesor económico de la Administración Clinton (1993-1997) y como funcionario del Banco Mundial (1997-2000).

La obra constituye, más que nada, un testimonio de las incongruencias en el seno de las instituciones emanadas del Tratado de *Bretton Woods*, en 1944, y una propuesta para corregir el rumbo y reestablecer la credibilidad en un marco de diálogo y participación.

El libro de Stiglitz se divide en nueve capítulos, en los que se detallan los graves errores e inconsistencias en las que han incurrido el Fondo Monetario Inter-

nacional (FMI) y el Banco Mundial (BM), respectivamente. Apunta que el propósito original del FMI fue el velar por la estabilidad financiera internacional, con base en una visión keynesiana de las crisis, traducida como una insuficiencia de la demanda agregada. No fue sino hasta la década de los ochenta, que la visión del FMI dio un giro radical, al reprobador toda intervención del Estado en la economía por medio del ejercicio del gasto. De ahí en adelante, comenzó a obligar a los gobiernos a mantener una disciplina fiscal para asegurar la estabilidad de los precios, pues afirmaba que ésta era la base para el florecimiento de la inversión y, por ende, del crecimiento. Sin embargo, olvida mencionar que, durante los setenta, el modelo de demanda se desvirtuó al causar serios desequilibrios macroeconómicos, tanto en las economías industrializadas como

\* Coordinador de la Licenciatura en Comercio Exterior y Aduanas de la UIA-Puebla.

en las subdesarrolladas. Fue en esa etapa en que las investigaciones de Milton Friedman y Anna Schwarz, difundidas en la década de los cincuenta, revolucionaron el pensamiento económico, destacando la importancia de la estabilidad monetaria. La verticalidad de la curva de Phillips y la asociación del fenómeno inflacionario con el déficit público, financiado por la emisión de circulante, revivieron el modelo neoliberal de principios del siglo XX, sustentando lo que se conoce como *monetarismo*. Stiglitz precisa que esta visión encarnó en el llamado *Consenso de Washington*, documento formulado por Williamson para resolver los problemas de las endeudadas economías latinoamericanas, a principios de los ochenta.

Asimismo, el autor afirma que el FMI adoptó el modelo como una verdadera panacea (*one size fits all approach*) para combatir cualquier problema de la balanza de pagos. De ahí que su aplicación, mediante sus temibles políticas de ajuste a las crisis de la Cuenca del Pacífico, en la segunda mitad de los noventa, se califique como uno de los mayores errores del organismo.

A pesar de que abundan las investigaciones que señalan a los déficit gubernamentales y a la inestabilidad monetaria como el epicentro de los desequilibrios macroeconómicos (como las realizadas

por el recientemente fallecido Rudiger Dornbusch), resulta valiosa la apreciación de Stiglitz respecto de la miopía y carencia de análisis, por parte del Fondo Monetario Internacional, para identificar las diferencias de dichos problemas en cada economía.

Asumir que todas las crisis tienen su raíz en la falta de disciplina fiscal y problemas de inflación constituye una severa limitante. Al parecer, el FMI ignora que los vínculos comerciales entre los países provocan un efecto dominó, pues basta con aplicar las medidas de austeridad en una economía para que se propaguen, rápidamente, las consecuencias recesivas entre sus socios comerciales. La negligencia del FMI ha rayado en la arrogancia en su trato con los países subdesarrollados. Así se observa en los casos de Etiopía, Kenia, Bolivia e Indonesia, donde la aplicación de sus políticas, claramente, vulneraron los derechos humanos y la soberanía de las naciones en cuestión.

La incongruencia del organismo sólo encuentra lógica en los intereses del gran capital, cuya base de operaciones está en *Wall Street*. Los beneficiados de las reformas y políticas de ajuste han sido los grandes capitales financieros y empresariales, lo cual coincide con el perfil de los arquitectos del sistema financiero internacional que, a menudo, son

exdirectores de renombrados organismos privados, como Goldman Sachs, Citygroup, Alcoa, etc. A ello también obedece la actitud diferenciada hacia cada uno de los países: a los que no representan importancia geoestratégica, se les aplican castigos severos por corrupción y malos manejos como, por ejemplo, a Nigeria; a otros, como Rusia, se le toleran actividades muy poco transparentes y que, evidentemente, van en detrimento de la población en general y en provecho de grupos a los que el autor identifica como mafias. A la expotencia soviética fueron destinados cuantiosos recursos para evitar la devaluación del rublo, al tiempo que éstos mismos fluían a cuentas privadas en Suiza y hacia otros paraísos fiscales, a nombre de funcionarios rusos de alto rango. Todo bajo la intención de dirimir el peligro de la proliferación de armas nucleares, y tranquilizar a las altas esferas del ejército y exmiembros de la KGB. Dentro de las medidas de ajuste y de reforma destaca el carácter nocivo de la llamada liberalización financiera y la inversión extranjera directa. Para el premio Nobel, resulta evidente la asociación de la crisis asiática con la entrada en vigor de la liberalización financiera, reforma que carecía de fundamento, pues los países de la Cuenca del Pacífico, a diferencia de América Latina, no

sufrían de una escasez de ahorro. Este punto de vista lo comparten varios economistas nacionales como Arturo Huerta y Alejandra Cabello, para los casos de Corea del Sur y México, respectivamente.

Por su parte, la privatización de empresas, en relación con la inversión extranjera directa, demostró ser, en los casos estudiados, altamente perjudicial para el interés de las naciones anfitrionas. Ello, si bien habla de un fracaso en el desempeño del gran capital en las economías receptoras, omite los casos en los que sí ha habido un éxito. En este sentido, el texto de Jagdish Bhagwati, *Free Trade Today*, publicado en 2002, ofrece una visión más equilibrada al explicar las condiciones bajo las cuales la liberalización ha sido benéfica. No obstante, tanto Bhagwati como Stiglitz coinciden en la acentuada manipulación del discurso neoliberal por parte de los Estados Unidos para favorecer sus intereses, especialmente, en lo que respecta al ejercicio de la política *antidumping*, cuando se ven afectados sus productos.

Otro aspecto que vale la pena destacar es el intento de Stiglitz por probar que los países que se han distanciado de las políticas del FMI son los que, curiosamente, han logrado mayor estabilidad macroeconómica y social. Según el au-

tor, China, a diferencia de Rusia, ha logrado una transición mucho más tolerable hacia la economía de mercado. Su estrategia se aleja de las fórmulas típicas del FMI y se orienta, en muchos casos, a la atención de problemas sociales como el desempleo, aun cuando ello signifique mantener empresas estatales ineficientes. Análogamente, Polonia y Malasia han logrado resultados ejemplares en su lucha por alcanzar un crecimiento con desarrollo. Sin embargo, lejos de entender un mensaje simplista de que todo país que le da la espalda al FMI toma el rumbo correcto, se debe reflexionar sobre la pertinencia de tal decisión, pues si bien los países en cuestión han tenido éxito, para el caso de Argentina, en el periodo posterior al régimen de convertibilidad cambiaria, y para Brasil, bajo la dirección de un mandatario de izquierda, el romper con Washington podría llevarlos a un callejón sin salida.

El último capítulo adquiere relevancia por lo acertado de sus recomendaciones. Asegura que la intervención del Estado en la economía es obligada, pues hasta Adam Smith afirmaba que el problema social debía ser atendido. Con igual vehemencia recomienda que, para reestablecer la confianza en los organismos internacionales, como el FMI y el BM, es necesaria la incorporación de

procedimientos democráticos y rendimiento de cuentas. Nadie juzga los errores del FMI. Sus directivos no son elegidos por consenso y mucho menos se les pide su opinión a aquéllos que se verán afectados por la ejecución de las políticas de ajuste. Stiglitz recomienda la creación de un fondo alimentado por diversas naciones, pero independiente de los intereses del gran capital.

En las condiciones actuales, el fraude estriba en que el FMI se mantiene de los impuestos que pagan los ciudadanos de países endeudados vía intereses, pero sin que éstos reciban ni siquiera un rendimiento de cuentas. La falta de transparencia en el modo de operar, por parte del gran capital, se incluyó en la agenda del gobierno estadounidense, sólo a partir de los deplorables atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001.

Es necesario impulsar reformas profundas al sistema financiero internacional, que diriman la volatilidad de las crisis financieras, especialmente, por medio de la intervención oportuna del Estado y de una infraestructura jurídica que amortigüe el devastador efecto de las quiebras y las suspensiones de pagos. Hasta ahora, los superrescates financieros avalados por el FMI han servido para alentar lo que se conoce como *riesgo moral* o inversiones de muy alto riesgo

que, al zozobrar, recurren a fondos públicos, con lo que evitan enfrentar las pérdidas.

De igual modo, es necesario atender los problemas de pobreza, desempleo y falta de protección de los sectores altamente vulnerables a los choques externos; tal es el caso de la agricultura o de la pequeña y mediana empresas. La ayuda al desarrollo deberá estar respaldada por la aprobación de quienes la van a recibir. Los fracasos se deben, por lo regular, a la falta de consulta de quienes reciben las consecuencias de los proyectos. Este aspecto se pudo percibir en México, en el año 2002, cuando las protestas de los campesinos echaron abajo el proyecto del aeropuerto de Texcoco, impulsado por la administración foxista.

No es que la gente quiera permanecer en la pobreza, pero los proyectos de infraestructura y desarrollo deben incluir la aprobación e inclusión de los afectados. En este mismo tono se orienta la recomendación de Stiglitz de condonar la deuda externa. Sobre todo, en los casos en los que dicho monto obedeció a los intereses de las potencias durante la guerra fría. Los ciudadanos de países endeudados ignoran el destino y el provecho de los fondos que ahora están condenados a pagar. Si bien la corrupción es parte del problema, ayudaría el

analizar cada caso por separado y extender el programa de condonación de deuda con el FMI. Resulta sorprendente saber que, gracias a la mayor flexibilización de políticas de condonación, ya sean 24 las naciones beneficiadas.

En otro espacio, Stiglitz ha asegurado que gran parte de la crisis de Argentina se debió a la política comercial proteccionista de los Estados Unidos, en lo que toca a la agricultura. Con ello, se le cerró la oportunidad de generar divisas, mediante la exportación de granos, a una nación cuya ventaja competitiva reside, precisamente, en ese sector.

En noviembre de 2001, durante la reunión de la OMC, en Doha, se acordó lanzar la iniciativa de la *Ronda del Desarrollo*, política orientada a beneficiar al tercer mundo, que consiste en balancear la agenda de comercio, regulando la biopiratería y promoviendo la importación de productos provenientes de países en desarrollo. Europa ha tomado ya la iniciativa mediante su programa "Todo, excepto mano de obra", encaminado a promover el consumo de bienes de esa región, pero reteniendo las continuas corrientes migratorias.

Por último, el autor nos habla de la posibilidad de una globalización con rostro humano. Este proceso debe anteponer los intereses de las mayorías, mediante el fortalecimiento de movimientos

democráticos y respetuosos del medio ambiente. No importa si para ello se debe sacrificar el crecimiento económico. La estrategia debe contemplar el corto y el largo plazos, partiendo de las necesidades de los afectados. Los países subdesarrollados deben luchar por garantizar la transparencia y democracia en sus sistemas de gobierno, así como erradicar la corrupción y el despilfarro. Esta perspectiva no parece ser nueva, pues

resulta la más sensata a los ojos de muchos analistas. No obstante, Stiglitz no menciona si ha habido ya una experiencia que incorpore gran parte de sus propuestas, para que merezca ser emulada. Los casos de China, Botswana, Malasia y Polonia distan aún mucho de reflejar una globalización con rostro humano.